

La pérdida de la inocencia. Tres relatos clínicos vistos en la perspectiva de la crisis político-social venezolana¹

María del Carmen Míguez²

Resumen

A través de tres relatos clínicos se ilustran las incidencias de la crisis político-social venezolana, y particularmente del paro general de diciembre de 2002 y enero de 2003, en el trabajo con niños. Aunque el proceso psicoanalítico nunca ha estado aislado del contexto en el que se desarrolla, para los psicoanalistas venezolanos cuarenta años de estabilidad política han hecho de la actual crisis del país un hecho novedoso. Los psicoanalistas han tenido que aprender a trabajar en un contexto cambiante e inestable que los ha obligado a maniobrar y ajustar la técnica terapéutica de acuerdo con las variables externas.

Venezuela ha vivido en los últimos años situaciones inéditas de conflictividad política y social, que han impactado en el ambiente familiar y laboral de los venezolanos. Nuestro quehacer como psicoanalistas y psicoterapeutas no ha sido la excepción. Los temas que ocupan los espacios de los noticieros y los diarios han permeado las paredes de nuestro *setting* y encuadre riguroso, empañando esa mirada del mundo a partir de lo interior propia de nuestro entrenamiento. Hemos tenido que atender las variables externas con el mismo cuidado con que antes escuchábamos casi únicamente a lo psíquico. Hemos sintonizado con las perspectivas de otros seguidores de Freud (y Freud mismo), que en otros países y épocas se han debatido entre las presiones de gobiernos dictatoriales, situaciones de persecución o de guerra, y su ética personal y profesional.

¹ Trabajo presentado en las VII Jornadas Psicoanalíticas de Niños y Adolescentes de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Noviembre 2003.

² Miembro asociado de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y la International Psychoanalytical Association (IPA).

El proceso psicoanalítico nunca ha estado aislado del contexto en el que se desarrolla, por más que se neutralicen las incidencias del mundo externo o que se las pueda leer como proyecciones de lo interno. Lo social, lo cívico, lo político para buena parte de los venezolanos, no obstante, se encontraba del otro lado de una frontera muy bien armada. Pocas veces su actividad se entramaba en la asociación libre de nuestros pacientes, interrumpía nuestra atención flotante y tomaba el espacio del consultorio con tal intensidad. Estos dos últimos años, hemos tenido que trabajar con el sonido de las cacerolas, con el rumor de las cadenas de radio y televisión, con las interrupciones de las marchas² y los acomodos de los horarios generados por los paros cívicos³, con las noticias de quiebras económicas y desempleo, y con la propia angustia por la eventual reducción de los espacios para pensar psicoanalíticamente.

Idealizamos y soslayamos un contexto que nos ha sorprendido por lo intenso y dramático de sus tensiones y conflictos sociales. Me pregunto: ¿Cuánto de reciente y cuánto de vieja conflictiva enterrada tiene la actual situación de pasiones, odios y fervores, temores y riesgos colectivos? ¿Acaso, vivimos en un estado de inocencia con respecto a nuestras tormentas ocultas? ¿Será que tuvimos una especie de visión ingenua acerca de nosotros mismos, quizás un poco complaciente y superficial? Lo que sí parece cierto es que la imagen que nos devuelve hoy el espejo, ya no como individuos (como a Narciso) sino como grupo, nos produce una tremenda desazón.

Los relatos que a continuación les traigo son retazos de lo que consultorio adentro –y también como observadora y partícipe de estos tiempos– me ha tocado vivir. No pretenden explicaciones macro, tampoco narran experiencias extraordinarias, con personajes heroicos, simplemente son momentos psicoanalíticos que recogen el contexto que les acabo de mencionar.

I. De la esposa del papá a la empresa del papá

Rogelito, nueve años, fue traído a mi consultorio en enero del 2002. Había comenzado a desplegar una agresividad verbal y física que tenía alarmadas a sus maestras: “Ayer le iba a pegar una patada a una niña y a veces

² Durante 2002 y comienzos de 2003 hubo en Caracas numerosas marchas cívicas por sus principales arterias viales, que interrumpían el tránsito automotor y dificultaban la movilización dentro de la ciudad.

³ En el 2001 y 2002 hubo varios paros laborales generales, convocados por la principal asociación de obreros y la principal cámara empresarial del país. El más largo de ellos duró dos meses, desde el 2 de diciembre de 2002 hasta el 2 de febrero de 2003.

intenta pegarme a mí, sin contar los golpes que le ha dado a sus compañeritos”, reportaba el padre en tono preocupado durante la primera entrevista. Se la llevaba mal con casi todos los compañeritos y le costaba mucho compartir con los de su edad.

El padre se había hecho cargo totalmente del niño desde los cinco años, a raíz de su separación de la madre. Motivada por una infidelidad de la esposa y por las dudas que recaían sobre la paternidad del último embarazo de ésta, el papá de Rogelito lo había reclamado en el momento del divorcio casi como una cuota por los daños recibidos. La turbulencia emocional que generó en toda la familia esta circunstancia fue sepultada por ambos progenitores, quienes no supieron o no pudieron dar explicación alguna al niño acerca de la separación o de las razones por las que el niño (que nació luego) se quedaba con la madre y él no.

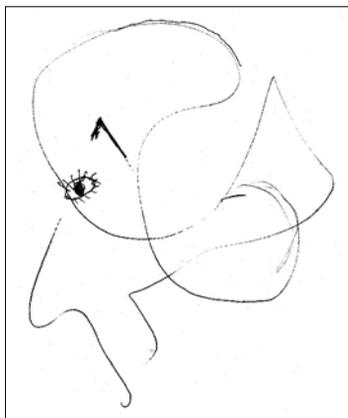
A partir de allí Rogelio (padre) y Rogelito habían vivido tres años solos en los cuales el primero —bastante deprimido— dividía su tiempo entre el trabajo en la petrolera estatal y el cuidado de su hijo. Fueron tres años idílicos, según los recordaba parcamente el niño. Su papá lo dejaba en el colegio en la mañana y lo recogía en la tarde. En un estilo bastante horizontal, practicaban deportes juntos, se bañaban y dormían juntos con frecuencia, y compartían buena parte de su tiempo libre, incluyendo algunas reuniones con amigos. El padre satisfacía todas las necesidades materiales del pequeño para compensar el vacío dejado por la madre, de quien poco se hablaba y a la que casi no veía. Pero según refería en tono negador, el niño no preguntaba por ella. La madre tampoco parecía reclamar el cumplimiento del régimen de visitas y el niño aparentemente no disfrutaba su compañía las pocas veces que había ido a su casa. La ruptura con la madre parecía radical.

El extrañamiento o la angustia que desde nuestra perspectiva se esperaría no parecían haber dejado registro consciente. En una de las sesiones de trabajo Rogelito produjo a partir de un garabato utilizando la técnica de Winnicott (1968)⁴ una imagen femenina que hablaba de su añoranza de afectos maternos, femeninos. Sin embargo este sentimiento no podía ser verbalizado. El padre idealizado había ocupado todo el espacio afectivo del niño. En su mente la imagen de la madre parecía haber quedado —por efecto de la regresión— unida a la figura del padre, de manera que la modalidad del vínculo entre ellos llenaba la ausencia de madre-esposa y garantizaba un afecto libre de rivalidades, conflictos y exclusión. Entre ellos no expresaban lo que les suce-

4 Winnicott DW (1991). El juego del garabato. En *Exploraciones psicoanalíticas*, II. Buenos Aires: Paidós. Psicología Profunda.

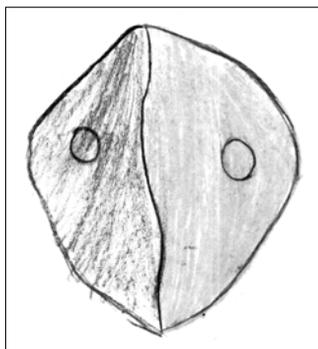


día en su interior; la negación y el aislamiento eran la moneda en uso. Quizás por ello el niño había escogido los golpes como una forma de comunicación.



Pero las cosas habían comenzado a cambiar desde hacía un año para el momento de la primera consulta. El padre, según me contó, había iniciado una nueva relación de pareja y desde unos nueve meses atrás Sonia se había ido a vivir con ellos. Rogelito asumió el cambio aparentemente bien. Ella se preocupaba por algunas conductas de Rogelito y por la forma como se relacionaban él y su padre: “Él manipula a su papá y el papá con la excusa de ayudarlo se deja manipular”. También parecía estar bastante dispuesta a hacerse cargo del niño. Rogelito, por su parte, siempre trataba de agradarla, ser dócil y cariñoso, siempre estaba muy pendiente de ella; pero a veces su afecto se expresaba de manera tan enfática, que ella no sabía cómo responder.

Comenzamos a trabajar dos veces por semana con el objetivo inicial de reunir algunas experiencias y afectos que, por los datos aportados, habían quedado desarticulados en el niño a lo largo de su corta experiencia de vida. Su primer dibujo sugería de alguna manera una escisión, una fractura.



En la primera sesión Rogelito había elegido dibujar silenciosamente algo dividido que no logró identificar en el momento. Luego me explicó que era un dije representativo de los principios yin y yang chinos que le habían regalado. Como las dos fuerzas contrarias que actúan en la naturaleza según el pensamiento orientalista, Rogelito albergaba dentro de sí dos vivencias, dos emociones opuestas y encontradas que no le permitían relacionarse en paz. Por un lado, se encontraba su padre, por quien profesaba todo el afecto y la admiración posible, pero a quien –según me indicaba el síntoma– no le perdonaba su nueva elección de pareja. Con él mantenía una relación que le permitía no experimentar el tiempo y la pérdida, y de allí quizá su deseo de continuar en esta situación estática y congelada. No en vano su síntoma atentaba contra los otros, contra una posibilidad de apertura y sociabilidad.

Por otro lado, Sonia que recién aparecía –muy dispuesta a ayudarlos– representaba para él no sólo una interferencia en la relación con su padre, sino también una imagen femenina real que entraba en competencia con la de su madre y que le abría la posibilidad de rivalizar con el padre dentro de una perspectiva temidamente edípica. Sonia constituía un tercero real que podía retrotraer la relación entre Rogelito y su padre de la dinámica narcisista en la que se encontraba. También, eventualmente, ella podía aportar los afectos y cuidados que Rogelito necesitaba dentro de una configuración diferente y a la que él parecía resistirse.

Pude contactar a su madre, quien después de varias excusas accedió a asistir a la consulta. Hablar siempre resulta una tarea difícil cuando en la persona anidan sentimientos encontrados, culpas y afectos penosos como la rabia y el resentimiento. En esta entrevista, sin embargo, se pudieron abordar parcialmente los temas del divorcio, la infidelidad, la decisión de la patria potestad y la guarda y custodia. La versión de la madre era diferente, no obstante, se sentían los efectos de un desprendimiento y una renuncia

materna por culpa. Finalmente le mostré mi perspectiva acerca de lo contraproducente del silencio y el ocultamiento.

El trabajo terapéutico iba marchando, las conductas agresivas de Rogelito habían disminuido. El niño se mostraba más comunicativo y libre en las sesiones. Los acuerdos entre el padre y Sonia acerca de las normas hogareñas habían avanzado. Se pudo retomar un sistema de visitas con la madre, quizás no muy frecuentes, pero más sostenidas a lo largo de ese año. Se había fijado una segunda entrevista con la madre para principios de diciembre de ese año cuando se decidió el paro nacional.

Durante el paro de diciembre 2002 - enero 2003, Rogelito no asistió a las sesiones, el padre no llamó y sólo logré comunicarme con ellos a través de la contestadora telefónica. Conociendo la vinculación del padre con la industria petrolera, entendí su necesidad de mantenerse apegados a la consigna de cero actividades y respeté su decisión de interrupción. Me percaté, eso sí, de la repetición de un estilo actuador y poco comunicativo, pero el espacio para decírselo estaba suspendido. Dos meses después, al finalizar el paro, Sonia me llamó en tono angustiado solicitando retomar el tratamiento, pues Rogelito estaba mostrando nuevamente su síntoma inicial y había tenido algunos episodios de enuresis. Decido reunirme primero con ellos para evaluar la situación familiar, pues suponía la salida del padre de la industria por efecto del despido masivo de trabajadores. Aunque de aparente buen ánimo y esperanzados en que la situación política se solucionaría, los padres reflejaban la angustia por la incertidumbre económica que comenzaba a pesar.

Retomamos el tratamiento con una frecuencia menor y Rogelito en su sesión de regreso construyó un avioncito de papel mientras nos poníamos al día sobre algunos temas espontáneos. Al finalizar su tarea me percaté de que el avioncito construido era un modelo diferente a los hechos por él en otras ocasiones. Su tamaño parecía más pequeño porque la punta que los mismos tienen, normalmente afilada, no estaba. Rogelito la había doblado de tal manera que el avión parecía un modelo "nariz corta". También su capacidad para volar, que probó durante la sesión era irregular.

Entendí las pruebas de vuelo con el avioncito dentro del espacio del consultorio como una forma de comunicarme su necesidad de elaborar su actual situación familiar. Rogelito tenía que desarrollar una forma de vincularse con un objeto que parecía haber cambiado. Aunque su padre no le habló directamente de su situación, él había sacado sus propias conclusiones a partir de lo que oyó insistentemente durante los dos meses del paro. Inevitablemente Rogelito percibía a un padre al que como el avión le habían cortado la punta, una parte importante de sí mismo. Desempleado y

con la angustia de la incertidumbre político-social, la imagen que recibía ahora se acercaba, quizá, un poco más a lo humano. Aunque también lo había obligado a reconocer una herida dolorosa, que por momentos aliviaba asociando al padre con el calificativo de “nómina mayor”⁵.

Seguimos trabajando en esta línea a pesar de las nuevas circunstancias. Una reducción de los honorarios, una frecuencia disminuida y en ocasiones irregular, un cambio de colegio y un cambio en su estándar de vida son algunas de las variables que se agregaron al cuadro durante este año. También la madre se vio afectada en el ámbito laboral y se distanció como al principio del tratamiento.

Para octubre de 2003, una nueva interrupción se ha decidido y no puedo vislumbrar el futuro de nuestro trabajo. Lo que sí puedo decir es que tanto Rogelito como el padre y la misma Sonia reconocen las ventajas y el apoyo que la psicoterapia les ha brindado en esta difícil encrucijada. Rogelito fue portador de una violencia que ahora, quizás, ha sentido en su contra. Su vinculación e imagen del padre, que no parecía dispuesto a cambiar, han sido modificadas, en primera instancia, por la inclusión voluntaria de Sonia en su cuadro familiar y, luego, por la involuntaria exclusión del padre de su medio laboral.

II. El miedo se despide

Rocío fue traída a mi consultorio a mediados del mes de febrero de 2003, pocos días después de concluido el paro cívico nacional. De siete años de edad, se encontraba en proceso de adaptación a un nuevo colegio, cuando estalló el paro a principios de diciembre de 2002. Por ese entonces, había mostrado algún temor a perderse en las instalaciones del nuevo colegio —que era mucho más grande que el anterior—, sin embargo, asistía a clases normalmente y había comenzado a hacer amigas.

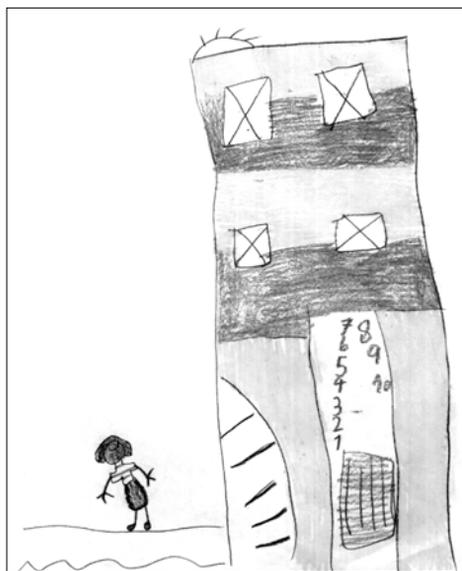
Durante los dos meses de inactividad escolar Rocío había desarrollado miedos importantes dentro de su misma casa. Temía que su madre la dejara sola. No toleraba que se cerrara ninguna puerta interna de la casa. Le angustiaba la posibilidad de algún incendio o explosión. No aceptaba montarse en ascensores y mantenía a su familia en estado de tensión adicional por los ruidos, cacerolazos y tiros que se escuchaban diariamente desde su apartamento

5 El término “nómina mayor”, utilizado dentro de Pdvs, se popularizó durante la época del paro y refería al grupo de altos gerentes y personal mejor calificado que fue votado por sumarse al paro. En ese sentido era un término de alta valoración.

en las cercanías de la Plaza Altamira⁶. Los padres habían pasado dos meses tratando de tranquilizarla y tranquilizarse, pensando que esta situación era pasajera. Total el paro había sacado de la rutina a todos incluyendo al ritmo del negocio familiar. Pero, cuando se reanudaron las clases a principios de febrero, Rocío no se tranquilizó, se negó a asistir y siguió mostrando un nivel de angustia general que motivó a sus padres a buscar ayuda psicoterapéutica.

Cuando vi a Rocío por primera vez me impresionó como una niña extremadamente dulce y con un tono infantil que sugería una edad menor. Pudo entrar sin mayores dificultades al consultorio y su primer dibujo y *verbatim* resultaron importantes para comprender lo que trataba de decir con su síntoma. Mientras aceptaba mi invitación a dibujar, me dijo que cuando sentía el *clic* de la puerta salía corriendo porque pensaba que su mamá la iba a dejar. En esos momentos se comportaba como una tirana y no permitía que se hiciese algo diferente a su voluntad.

Luego Rocío me explicó que había dibujado el edificio donde vivía y cuyo ascensor la había dejado encerrada junto a su madre en una oportuni-



6 La plaza Altamira de Caracas fue “tomada”, sin armas y simbólicamente, por un grupo de militares disidentes en octubre de 2002 desde ese momento fue lugar de encuentro de la oposición al gobierno. El 6 de diciembre de ese año, a cuatro días de iniciado el paro, un pistolero llegó disparando indiscriminadamente a las personas que se encontraban allí. Este hecho produjo dos muertos y numerosos heridos. La muerte alcanzó a una muchacha de dieciséis años que estaba acompañando a su padre.

dad. En el dibujo había escrito los pisos con que contaba el edificio, sobre la puerta de lo que parecía el ascensor del mismo. Me llamó la atención su gráfica, cómo los números ascendían hasta llegar al piso siete —cifra coincidente con su edad cronológica— declinando a partir de allí. Por lo que me narraba, pude ver que mostraba temores a quedarse encerrada, a perderse y quedarse sola en espacios abiertos, pero también a crecer.

Rocío era la menor de sus hermanos y tardíamente concebida por los padres. Consentida por buena parte de la familia, la relación con su madre parecía haberse estrechado más los últimos dos años, a raíz del desempleo de aquélla. Tal como me lo explicó con orgullo su progenitora, ellas se parecían mucho. Rocío presentaba la misma sensibilidad y sentido soñador que ella había canalizado a través de las artes. Su estilo censuraba cualquier expresión de agresividad y violencia.

El síntoma fóbico presentado a sus siete años mostraba una transacción entre la posibilidad de continuar un camino edípico (lidiar con su deseo y resignarlo) y la imposibilidad de librarse de una vinculación estrecha y narcisística con su objeto materno. Por un lado estaban los celos edípicos hacia los padres y su intolerancia a la exclusión (no permitía que se cerraran las puertas, sobre todo la del cuarto de los padres, controlaba sus salidas, etc.) y, por otro, su miedo a quedar atrapada en la relación con la madre (no podía montarse en un ascensor desde el episodio del encierro).

Como lo señalé al principio, la niña se esforzaba por mostrarse dulce y su tono era casi siempre infantil y apaciguador, como queriendo neutralizar el monto de rabia y violencia que surgía de su interior. En su fantasía hacer pareja con el padre y salir de los espacios maternos resultaba muy peligroso, casi mortal. La violencia que pretendía ocultar aparecía en ella como un peligro que venía desde afuera, desde la Plaza Altamira, desde el colegio o cualquier otro lugar. Ciertas fuerzas inconscientes le impedían mostrar su empuje agresivo, necesario para asumir su camino identificador y sexual y por ende para crecer. Como se veía en su dibujo, toda esta constelación se resumía en el temor a crecer y hacerse más libre e independiente.

Como consecuencia del paro, el negocio familiar había ido de mal en peor, y aunque la familia contaba con una reserva económica los ingresos familiares se habían reducido al mínimo. Esta situación era una fuente de tensión y angustia para todos los adultos de la familia, y Rocío se hubiese mantenido más protegida de esta realidad de no ser por la muerte repentina de su abuelo paterno, fundador de la compañía que ahora estaba a punto de quebrar. Esta pérdida, que quizás había sido una terrible coincidencia, era atribuida por la familia a la dolorosa e insoportable situación social y se

unía como un ingrediente más al cuadro de Rocío. La imagen de su padre parecía debilitada y herida, también en grave peligro.

Continuamos trabajando y Rocío comenzó a sacar una faceta más crecida. Se animaba a mostrar su interés por los misterios de la sexualidad y del embarazo. También trajo una libreta donde escribía poemas y llevaba una especie de diario. En ella se encontraban unos poemas hace poco escritos y que decían:

El sentido de pelear
es si están en desacuerdo
o no se entienden
La rabia es cuando no se llevan
bien o no se entienden.

Con estas palabras Rocío intentaba tramitar las peleas y protestas con la madre, que habían comenzado a hacerse más explícitas. También probablemente referían su parecer en relación con las peleas entre los padres y la conflictividad social que percibía. A medida que estas ideas salían, otras fuerzas parecían oponerse a su expresión. En una oportunidad, horas antes de una sesión, Rocío se atragantó con un caramelo; accidente que requirió la visita urgente a un médico. También sufrió varias caídas al principio del tratamiento. Rocío se debatía entre lo dulce de su estilo infantil y lo amargo de su rabia, entre lo libre y lo atropellado de sus expresiones.

En el consultorio comenzó a interesarse por los juegos competitivos y en cierta forma violentos. Le encantaba jugar al tiro al blanco y desplegaba una fuerza impresionante para atinar al centro. También, le gustaba jugar a la pelota conmigo y cuando olvidaba el ambiente limitado en que nos encontrábamos pegaba unos pelotazos que hacían retumbar las paredes. Se divertía construyendo unos castillos familiares a los que iba derrumbando poco a poco con gran despliegue de sonido, muy parecido quizás a los que escuchaba desde su casa. Todo ello era permitido y lo iba tolerando muy bien; lo que le costaba más aceptar eran las oportunidades en las que yo le ganaba o le ponía límites.

Seguimos trabajando y los síntomas han ido mejorando poco a poco. Uno de los últimos poemas que me trajo decía:

El miedo se
despide y el valor se saluda.

III. La inteligencia ciudadana

Joaquín (nueve años) fue traído a mi consulta para una evaluación psicológica. El bajo rendimiento escolar de este año casi lo hace reprobar y el colegio en donde estudia ha exigido una evaluación psicológica como condición para continuar en septiembre. Como en otras oportunidades, decido realizar una evaluación psicológica completa y aplicar la escala de inteligencia para niños de Wechsler (WISC-III). Durante la administración del test Joaquín se muestra colaborador y atento, pero las dificultades de base se hacen presentes en sus respuestas y en la ejecución de algunas subpruebas. Las fallas consecutivas me obligan, en algunos casos, a suspender la administración y, en otros, aunque Joaquín yerra en los ítem de menor dificultad, acierta en aquellos más complejos y que se ubican al final de las subpruebas. Esta tendencia me hace pensar en dificultades emocionales.

Mi mayor sorpresa, sin embargo, la recibo cuando en la subprueba de *Comprensión* Joaquín, entre aciertos y desaciertos, se ubicó en la pregunta 13, 17 y 18, que interrogan lo siguiente: 13. ¿Por qué es bueno tener elecciones con voto secreto? Con extrema familiaridad Joaquín se dispuso a responder, como un ciudadano competente: “para que no se peleen los familiares y amigos... que si uno votó por el presidente y el otro por el otro. Que si uno quiere votar en el referéndum para sacar al presidente y el otro de la familia, no”.

17. ¿Cuáles pueden ser las ventajas de tener senadores y diputados?: “Para que exista la democracia y no todo lo decida el presidente”. Y finalmente: 18. ¿Por qué la libertad de expresión es importante en una democracia? Responde: “Porque las personas así pueden opinar por su propia cuenta y expresarse aunque cada quien piense diferente”.

Joaquín no pudo responderme preguntas consideradas como de menor dificultad en esta subprueba. Como, por ejemplo: ¿Por qué ponemos estampillas en las cartas? O ¿por qué es importante que inspeccionen la carne antes de venderla? Pero las interrogantes que aludían a temas políticos con los que los venezolanos hemos convivido últimamente fueron respondidas, en mi caso, por primera vez desde que estoy administrando esta prueba.

Comentarios finales

No podría extraer de estas tres experiencias de trabajo conclusiones aleccionadoras. Tampoco generalizaciones acerca de lo que nos sucede como

nación en estos momentos. Casos y situaciones como las que hoy les traigo debe haber muchos y probablemente más dolorosos. Creo, eso sí, que Rogelito, Rocío y Joaquín nos señalan cambios y situaciones a considerar.

Una de las que quería subrayar en la exposición de hoy es la relativa a lo que he denominado “la pérdida de la inocencia”. Muchos venezolanos hemos despertado, al igual que estos tres niños, de un cierto estado de ingenuidad o de inocencia que nos velaba características dolorosas y duras de nosotros mismos. No podríamos en estos momentos echarle la culpa a nadie, aunque resulte el camino más fácil. El curso de las historias de estos niños ha sido atravesado por las circunstancias sociales que les ha tocado vivir. El contexto político no ha sido el ingrediente determinante de sus conflictos personales, pero le ha dado una forma de expresión particular, impensable, quizás, en otros momentos.

De su experiencia podemos extraer lo siguiente: como Joaquín, quizás tengamos dificultades para aprender ciertas cosas, pero en relación con otras nos hemos hecho más sensibles y ciudadanos. (Recuerden la extrema educación y amabilidad que asumían los participantes de las marchas.) Al igual que Rocío, tenemos un poco menos de miedo, pero estamos más advertidos sobre los peligros internos y externos que nos acechan. La violencia y la rabia son partes constitutivas de nosotros mismos. El resentimiento no es un producto importado. Por último, nuestras idealizaciones y negaciones han caído en cierta forma. Como Rogelito no podemos cifrar todas nuestras esperanzas y proyecto futuro en un padre o una empresa. Tenemos que seguir atentos a nuestras pasiones y a nuestro gusto por soluciones mágicas. Como han señalado otras personas, en este proceso (no psicoanalítico, tampoco de un solo bando político) ha surgido lo peor de nosotros mismos, pero también se ha asomado una gema diferente que debemos cultivar. ¡Qué más quisiéramos!, pero no somos ni tan ricos, ni tan candorosos y abiertos, y a veces las cosas nos salen mal.

Bibliografía

- ABERASTURY A (1984). *Aportaciones al psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Paidós. Psicología Profunda.
- WINNICOTT DW (1991). El juego del garabato. En *Exploraciones psicoanalíticas*, II. Buenos Aires: Paidós. Psicología Profunda.
- _____ (1996). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.

**ENTREVISTA CON
PSICOANALISTAS**